

NORA ROBERTS BAJO SEUDÓNIMO

J.D. ROBB

CONSPIRACIÓN ANTE LA MUERTE



TERCIOPELO BOLSILLO

Conspiración ante la muerte



Conspiración ante la muerte

J.D. Robb

Traducción de Lola Romani



Título original: *Conspiracy in Death*
Copyright © 1999 by Nora Roberts

Primera edición: mayo de 2009

© de la traducción: Lola Romani
© de esta edición: Libros del Atril, S.L.
Marquès de l'Argentera, 17. Pral.
08003 Barcelona
correo@terciopelo.net
www.terciopelo.net

Impreso por Litografía Roses, S.A.
Energía 11-27
08850 Gavá (Barcelona)

ISBN: 978-84-92617-20-3
Depósito legal: B. 14.483-2009

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Los hombres creen que todos los hombres son
mortales salvo ellos mismos.

EDWARD YOUNG

Codeémonos con la muerte.

TENNYSON

Prólogo

En mis manos tengo el poder. El poder de sanar y de destruir. De proteger la vida y de provocar la muerte. Venero este don, lo he afinado a lo largo del tiempo hasta convertirlo en un arte tan magnífico y asombroso como cualquiera de las pinturas del Louvre.

Yo soy arte. Yo soy ciencia. En todos los aspectos importantes, yo soy Dios.

Dios debe ser despiadado y clarividente. Dios estudia sus creaciones y selecciona. Las mejores de estas creaciones deben ser conservadas, protegidas, sostenidas. La grandeza es el premio de la perfección.

A pesar de todo, incluso los imperfectos tienen su razón de ser.

Un Dios sabio experimenta, reflexiona, utiliza lo que tiene en las manos y forja maravillas con ello. Sí, a menudo sin piedad, a menudo con una violencia que la gente vulgar condena.

Nosotros, quienes tenemos el poder, no podemos dejarnos distraer por las recriminaciones de la gente vulgar, por las leyes insignificantes y absurdas de los hombres simples. Ellos son ciegos, tienen las mentes cerradas a causa del miedo: miedo al dolor, miedo a la muerte. Están demasiado limitados para comprender que la muerte puede ser conquistada.

Yo casi lo he conseguido.

Si mi trabajo se descubriera, ellos, con sus leyes y actitudes absurdas, me condenarían.

Cuando mi trabajo se haya completado, ellos me adorarán.

Capítulo uno

*P*ara algunos, la muerte no era el enemigo: la vida era un opo-
nente mucho menos piadoso. Para los fantasmas que deambu-
lan de noche como sombras, los flipados de ojos de color rosa
pálido y los yonquis de manos temblorosas, la vida era simple-
mente un viaje ciego que transcurría de un chute al siguiente
en lapsos de tiempo que eran un suplicio.

El mismo viaje estaba lleno, la mayoría de veces, de dolor y
desesperación y, de vez en cuando, terror.

Para los pobres y los desplazados que recorrían las entrañas
de la ciudad de Nueva York en los helados amaneceres de 2059,
el dolor, la desesperación y el terror eran compañeros constan-
tes. Para los tullidos mentales y físicos que se colaban por las
rendijas de la sociedad, la ciudad era, simplemente, otro tipo de
prisión.

Existían programas sociales, por supuesto. Después de todo
era una época progresista. Eso afirmaban los políticos, como los
del Partido Liberal, que reivindicaban nuevos y elaborados al-
bergues, instalaciones educativas y médicas, centros de forma-
ción y de rehabilitación, aunque nunca detallaban ningún plan
de apoyo económico para todos estos programas. El Partido
Conservador recortaba con alegría los presupuestos de los pro-
gramas que ya estaban en funcionamiento y luego soltaban de-
votos discursos sobre las cualidades de la vida y de la familia.

A pesar de todo, existían alojamientos para aquellos que es-
taban facultados para obtenerlos y que podían soportar la avara
y pegajosa mano de la caridad. Se ofrecían programas de forma-
ción y de asistencia a quienes eran capaces de aguantar el tiempo
suficiente para recorrer los interminables laberintos de la buro-

cracia que, muy a menudo, agotaban a los supuestos beneficiarios antes de salvarlos.

Y, como siempre, los niños pasaban hambre, las mujeres vendían sus cuerpos y los hombres mataban por un puñado de créditos.

Por muy progresista que fuera esa época, la naturaleza humana continuaba siendo igual de predecible que la muerte.

Para los «sin techo», el mes de enero en Nueva York significaba soportar noches de un frío terrible que pocas veces podían combatir ni con una botella de alcohol ni con sustancias ilegales. Algunos de ellos desistían y se iban a los alojamientos para dormir en incómodos camastros de delgadas sábanas y a tomar la sopa aguada y el insulso pan de soja que los estudiantes de sociología ofrecían con mirada iluminada. Otros permanecían en la calle, demasiado perdidos o demasiado tercios para abandonar su trozo de terreno. Y muchos pasaban de la vida a la muerte durante esas noches amargas.

La ciudad los asesinaba, pero nadie lo calificaba de homicidio.

La teniente Eve Dallas conducía por el centro de la ciudad en ese frío amanecer y repicaba con los dedos en el volante, nerviosa. La muerte de un «sin techo» en el Bowery no debería ser asunto suyo. Ese asunto era para lo que en el Departamento se conocía como «Homicidios de segunda»: los agarrotados recolectores que patrullaban por las áreas conocidas de los «sin techo» para separar a los vivos de los muertos y llevarse esos cuerpos extenuados al depósito de cadáveres para que fueran examinados, identificados y enterrados.

Era un trabajo feo y rutinario que casi siempre realizaban quienes todavía tenían esperanzas de unirse al elitista departamento de Homicidios y quienes ya habían abandonado toda esperanza de que ese milagro se realizara. El Departamento de Homicidios solamente acudía a la escena cuando la muerte era claramente sospechosa o violenta.

Eve pensó que si no se hubiera encontrado en la cabecera de la lista de turnos esa triste mañana, todavía se encontraría en su agradable y cálida cama con su agradable y cálido esposo.

—Seguramente, se trata de algún novato nervioso que tiene la esperanza de toparse con un asesino en serie —farfulló.

Peabody, que estaba a su lado, bostezó sin disimulo.

—La verdad es que estoy de más aquí. —Miró a Eve con ojos esperanzados bajo las rectísimas cejas negras—. Podrías dejarme en la próxima estación de transporte y yo estaría en la cama al cabo de diez minutos.

—Si yo sufro, tú sufres.

—Eso me hace sentir tan... querida, Dallas.

Eve soltó un bufido burlón y sonrió. Pensó que no había nadie más tenaz, más fiable, que su ayudante. Incluso después de haber recibido esa llamada tan temprana, Peabody se había presentado pulcramente vestida con su uniforme de invierno, los botones brillantes y los zapatos negros bien limpios. Su rostro, cuadrado y enmarcado por el pelo oscuro y cortado a media melena, tenía una expresión somnolienta pero Eve sabía que sería capaz de ver lo que hubiera que ver.

—¿No tuviste un gran evento ayer por la noche? —le preguntó Peabody.

—Sí, en East Washington. Roarke tenía esa cena con baile por algún acto de caridad. Salvemos los topos, o algo así. Había comida para alimentar a todos los «sin techo» del Lower East Side durante un año.

—Vaya, eso debió de ser duro para ti. Apuesto a que tuviste que ponerte un vestido bonito, meterte en el coche privado de Roarke y tragar un poco de champán.

Eve arqueó una ceja, sorprendida por el tono seco de Peabody.

—Sí, más o menos. —Ambas sabían que el lado glamuroso que tenía la vida de Eve desde que Roarke había entrado en ella resultaba tan desconcertante como frustrante para ella—. Y además tuve que bailar con Roarke. Mucho.

—¿Llevaba esmoquin? —Peabody había visto a Roarke con esmoquin. Tenía esa imagen como grabada con ácido en la mente.

—Pues sí. —Hasta que llegaron a casa y ella se lo arrancó. Él tenía el mismo buen aspecto con o sin esmoquin.

—Vaya. —Peabody cerró los ojos y utilizó la técnica de

visualización que había aprendido de sus padres—. Vaya —re-pitió.

—¿Sabes? A muchas mujeres les fastidiaría que su esposo fuera la estrella de las fantasías sexuales de su ayudante.

—Pero tú estás más allá de eso, teniente. Eso me gusta de ti.

Eve soltó un gruñido y movió los hombros para desentumecerlos. Era culpa suya haber permitido que la lascivia se hubiera apoderado de ella y no le hubiera permitido dormir más de tres horas. El deber era el deber, y ella estaba dispuesta a cumplirlo.

Observó los edificios ruinosos y las calles llenas de basura: las cicatrices, las verrugas y los tumores que cortaban y deformaban el asfalto y el acero de la ciudad. Una nube de vapor salió de una de las rejillas, delatando la vida que transcurría por debajo de las calles de la ciudad. Atravesar esas nubes con el coche era como atravesar la niebla de un río sucio.

Desde que Roarke había aparecido en su vida, su casa era un mundo distinto a ése. Ahora vivía rodeada de madera pulimentada, cristal brillante, aroma de velas y flores de invernadero. De riqueza.

Pero sabía qué era habitar en lugares como ése. Sabía lo semejantes que eran siempre en todas las ciudades, conocía su olor, su rutina y su desesperanza.

Las calles estaban casi vacías. Pocos de los habitantes de esta pequeña y desagradable zona se aventuraban a salir temprano. Los traficantes y las putas callejeras ya habían terminado sus negocios nocturnos y habían vuelto a sus camas antes del amanecer. Los comerciantes que tenían el valor de llevar sus tiendas y locales todavía no habían quitado las barras de seguridad de las puertas y las ventanas. Los vendedores ambulantes que estaban lo bastante desesperados para vender en esa zona llevaban armas de mano y trabajaban en parejas.

Eve vio el coche patrulla blanco y negro y notó el mal trabajo que habían hecho al acordonar la zona.

—Por Dios, ¿por qué no han terminado de utilizar los sensores? Maldita sea, me sacan de la cama a las cinco de la mañana y ni siquiera han acordonado la zona? No me extraña que sean recolectores. Idiotas.

Peabody no dijo nada. Eve puso el freno de mano detrás del

coche blanco y negro y salió del vehículo dando un portazo. Eve pensó, con cierta compasión, que esos idiotas iban a recibir una buena amonestación.

Cuando Peabody hubo bajado del coche, Eve ya había cruzado la acera con paso largo y decidido en dirección a los dos uniformados que se apretujaban tristemente el uno contra el otro para combatir el frío.

Los dos agentes se enderezaron al verla. La teniente tenía ese efecto en los demás, pensó Peabody mientras sacaba el equipo de campo del coche. Era capaz de ponerte firme.

No era solamente por su aspecto, a pesar de que tenía un cuerpo esbelto y el cabello, que siempre llevaba desordenado, de color castaño con reflejos rubios y rojizos, y destellos de todo tipo. Era por los ojos, ojos de policía, del color del whisky irlandés y por el pequeño hoyuelo que se le formaba en la barbilla bajo esos labios gruesos que podían adoptar una expresión dura como una piedra.

A Peabody le parecía un rostro fuerte y fascinante, en parte porque Eve no tenía la más mínima vanidad.

Aunque su aspecto captaba la atención de los agentes, lo que realmente los ponía firmes era quién era ella.

Era la mejor policía que Peabody había conocido nunca. Era una policía de los pies a la cabeza, alguien con quien uno atravesaría cualquier situación sin dudarle. Alguien que estaba dispuesto a defender a los muertos y a los vivos.

Y alguien, pensó Peabody mientras llegaba a tiempo de oír el final del discurso de amonestación de Eve, que era capaz de dar una patada a cualquier cosa.

—En resumen —dijo Eve con frialdad—, si llaman a Homicidios y me sacan de la cama, deberían tener la zona acordonada y el informe preparado para cuando yo llegue. No se pueden quedar aquí de brazos cruzados como dos idiotas. Son policías, por Dios. Actúen como tales.

—Sí, señor, teniente —repuso con voz débil el más joven. Era casi un chico, y ése era el único motivo por el cual Eve había amortiguado la reprimenda. Pero su compañera no era una novata, y recibió una de las heladas miradas de Eve.

—Sí, teniente —dijo ella con la mandíbula apretada.

Eve notó un resentimiento en el tono de voz que le hizo ladear la cabeza.

—¿Tiene algún problema, agente... Bowers?

—No, teniente.

Su rostro había adquirido el tono vivo de las cerezas maduras y contrastaba con los ojos, de un azul muy pálido. El cabello, corto, se ocultaba bajo la gorra de policía. Le faltaba un botón en el abrigo del uniforme y los zapatos se veían estropeados y sin brillo. Eve hubiera podido reprenderla por ello, pero pensó que tener que hacer un trabajo miserable podía ser cierta excusa para no acicalarse.

—Bien. —Eve asintió ligeramente con la cabeza, pero la mirada de advertencia no dejaba lugar a dudas. Dirigió la atención hacia su compañero y sintió cierta compasión. Estaba pálido como una hoja de papel, tembloroso, y hacía tan poco tiempo que había salido de la academia que todavía conservaba el olor.

—Agente Trueheart, mi ayudante le enseñará la manera adecuada de acordonar una zona. Preste atención.

—Sí, teniente.

—Peabody. —Al instante, tuvo el equipo de campo en la mano—. Enséñeme qué tenemos aquí, Bowers.

—Un indigente. Un hombre caucásico. Se llama Snooks. Éste es su nido.

Con un gesto indicó un refugio hábilmente improvisado con un cajón que tenía unos alegres dibujos de estrellas y flores y cubierto con la tapadera de un viejo cubo de reciclaje. La entrada estaba tapada con una sábana apolillada y mostraba un signo dibujado a mano con la palabra «Snooks».

—¿Está dentro?

—Sí. Parte de la emoción consiste en echar un rápido vistazo a esos nidos en busca de fiambres que recoger. Este fiambre está bastante frío —dijo en un tono de broma que Eve no reconoció hasta al cabo de un momento.

—Lo imagino. Vaya, qué olor tan agradable —farfulló mientras se acercaba y el hedor se hacía más fuerte—. Eso es lo que me ha puesto sobre aviso. Siempre apesta. Toda esa gente huele a sudor y a basura, y a cosas peores, pero el olor de un fiambre siempre tiene un toque distinto.

Eve conocía demasiado bien ese toque distinto. Dulzón, pegajoso. Y ahí, por debajo de la marea de olor a orín y a carne, se notaba el olor a muerte. Y también se notaba el olor metálico de la sangre.

—¿Alguien lo ha pinchado? —Eve estuvo a punto de suspirar mientras sacaba la lata de sellar de su equipo de mano—. ¿Para qué diablos lo habrá hecho? Estos «sin techo» no tienen nada que valga la pena robar.

Por primera vez, Bowers permitió que una ligera sonrisa le alargara los labios. Pero su mirada era fría y dura, y mostraba cierta amargura.

—Alguien le ha robado algo, de acuerdo. —Satisfecha consigo misma, dio un paso hacia atrás. Esperaba que esa teniente estirada recibiera una buena conmoción al ver lo que esa cortina ocultaba.

—¿Han llamado a los médicos técnicos? —preguntó Eve mientras se embadurnaba las botas y las manos con la selladora.

—Lo principal en una escena del crimen es la discreción —repuso Bowers remilgadamente pero con un brillo de malicia en los ojos—. Opté por dejar esa decisión a Homicidios.

—¿Por Dios, está muerto o no está muerto? —Eve, disgustada, se acercó y se agachó un poco para apartar la cortina.

Siempre era una conmoción, aunque no tan fuerte como Bowers hubiera querido. Eve había visto demasiadas cosas para eso. Pero lo que un ser humano era capaz de hacerle a otro nunca era una cuestión rutinaria para Eve, y la pena que atravesaba a esa policía era un sentimiento que la mujer que se encontraba a sus espaldas nunca sentiría y nunca comprendería.

—Pobre desgraciado —dijo Eve en voz baja mientras se agachaba para realizar un examen visual.

Bowers había tenido razón en una cosa. Snooks estaba muy, muy muerto. No era más que un saco de huesos y una masa de pelo enredado. Su boca y sus ojos estaban abiertos y Eve vio que no tenía ni la mitad de la dentadura. Los de su clase raramente aprovechaban los programas dentales y de salud.

Sus ojos ya estaban empañados y tenían un color oscuro y turbio. A Eve le pareció que ese hombre estaba cerca del siglo de

edad y sabía que, aunque no le hubieran asesinado, nunca habría vivido los veinte años de más que una nutrición decente y la ciencia médica le hubieran podido ofrecer.

Se dio cuenta de que sus botas, aunque estaban rotas y rayadas, todavía hubieran podido aguantar bastante, igual que la sábana que estaba arrinconada a un lado de la caja. También tenía algunas fruslerías: una cabeza de muñeca de ojos grandes, una linterna de bolsillo con forma de rana y una taza rota llena de flores de papel. Las paredes estaban cubiertas de papeles recordados con forma de árboles, perros, ángeles y de estrellas y flores, sus favoritos.

No se veían señales de pelea, no se veían marcas en el cuerpo ni cortes superficiales. Quien había matado a ese viejo, lo había hecho de forma muy eficiente.

No, pensó al observar el agujero del tamaño de un puño que se abría en el pecho del hombre. Lo había hecho de forma quirúrgica. Quien se había llevado el corazón de Snooks había utilizado, probablemente, un bisturí láser.

—Sí, ahí tiene su homicidio, Bowers.

Eve salió y dejó caer la cortina. Sentía que le bullía la sangre y apretó un puño al ver la sonrisa de satisfacción en el rostro de la agente.

—De acuerdo, Bowers, no nos caemos bien. Son cosas que pasan. Pero tendrías que ser lista y pensar que yo te lo puedo poner muchísimo más difícil a ti que tú a mí. —Dio un paso hacia ella y la punta de la bota chocó con la punta del zapato de Bowers. Lo hizo para asegurarse de que la comprendía—. Así que será mejor que sea lista, Bowers, y borre esa estúpida sonrisa de la cara y se aparte de mi camino.

La sonrisa desapareció, pero los ojos de Bowers se le clavaron como dos balas cargadas con odio.

—Va contra el código del departamento que un superior utilice lenguaje ofensivo con un agente.

—¿En serio? Bueno, pues asegúrese de incluir esto en su informe, Bowers. Y dejará ese informe terminado y por triplicado en mi escritorio a las diez en punto. Apártese —añadió en voz muy baja.

Hicieron falta diez segundos de aguantarse mutuamente la

mirada para que Bowers bajara la vista y se hiciera a un lado.

Eve, apartando la atención de Bowers, le dio la espalda y sacó el comunicador.

—Dallas, teniente Eve. Tengo un homicidio.

«Y ahora, ¿por qué —se preguntó Eve mientras se agachaba dentro de la caja para examinar el cuerpo— alguien querría robar un corazón tan desgastado?» Recordó que hubo un período de tiempo, después de las guerras urbanas, en que los órganos robados eran un artículo muy valorado en el mercado negro. Muchas veces, los traficantes no tenían paciencia para esperar a que el donante estuviera muerto para hacerle la extracción, pero de eso hacía muchas décadas, antes de que los órganos hechos por el hombre se hubieran perfeccionado por completo.

La donación y la venta de órganos todavía era popular, y Eve creía que también existía la formación de órganos, aunque prestaba poca atención a las noticias sobre medicina.

No confiaba en los médicos.

Pensó que a algunos de los muy ricos no les gustaba un implante manufacturado. Un corazón o un riñón de un joven muerto en accidente podían llegar a tener unos precios máximos, pero tenían que estar en excelentes condiciones. Snooks no tenía nada en excelentes condiciones.

Arrugó la nariz al notar el hedor, pero se acercó al cuerpo. Para una mujer que detestaba los hospitales y los centros de salud tanto como ella, el olor ligeramente mareante del antiséptico no pasaba desapercibido.

Lo notó allí, muy ligero. Con el ceño fruncido, se sentó.

Del examen preliminar dedujo que la víctima había muerto sobre las dos de la madrugada, dada la temperatura exterior durante la noche. Necesitaba el examen sanguíneo y los informes de sustancias tóxicas para saber si había alguna droga en el cuerpo, pero era evidente que ese hombre había sido un consumidor de alcohol.

La típica botella marrón que se utilizaba para transportar el alcohol a casa se encontraba en una esquina, casi vacía. Encontró un pequeño y casi insignificante alijo de sustancias ilegales:

un cigarrillo liado a mano de *zoner*, un par de píldoras rosas que probablemente eran *jag*, una bolsita sucia que contenía un polvo blanco que, después de olerlo, parecía ser *grin* mezclado con un poco de *zeus*.

Había innumerables capilares rotos en toda la superficie de la marcada piel del rostro, lo cual era un signo evidente de mala nutrición, y también se veían marcas de alguna desagradable enfermedad cutánea. Ese hombre había sido un bebedor, fumaba, comía basura y hubiera podido morir en cualquier momento mientras dormía.

¿Por qué matarle?

—Teniente. —Peabody apartó la cortina pero Eve no miró hacia atrás—. Han llegado los médicos técnicos.

—¿Para qué llevarse el corazón? —dijo Eve para sí misma—. ¿Para qué extirpárselo quirúrgicamente? Si se tratara de un asesinato común, ¿por qué no maltratarle, golpearle? Si querían mutilarle, ¿por qué no lo han mutilado? Eso está en los manuales.

Peabody observó el cuerpo y esbozó una mueca.

—No he visto ninguna operación de corazón, pero me fío de lo que dice.

—Mira la herida —dijo Eve con impaciencia—. Hubiera tenido que sangrar, ¿no es así? Por Dios, es un agujero del tamaño de un puño. Pero él, sea quien sea, ha cortado la hemorragia, igual que se hace en una operación quirúrgica. No quería ensuciar, no se trataba de ensuciar. No, él está orgulloso de su trabajo —añadió mientras salía de espaldas de la caja y se ponía en pie para respirar el aire de fuera, mucho más fresco.

»Es hábil. Ha tenido que recibir algún tipo de formación. Y no creo que una sola persona haya sido capaz de hacer esto. ¿Has mandado a los recolectores a hablar con los testigos?

—Sí. —Peabody observó la calle vacía, las ventanas rotas, el montón de cajas amontonadas en un callejón que se abría al otro lado de la calle—. Que tengan suerte.

—Teniente.

—Morris. —Eve arqueó una ceja al ver que el médico técnico más importante se encontraba en la escena—. No esperaba ver a la flor y nata por un «sin techo».

Morris, complacido, sonrió y le brillaron los ojos. Llevaba el pelo peinado hacia atrás y cubierto con una gorra roja. Los falones del largo abrigo ondeaban al viento. A Morris le gustaba vestir de forma llamativa.

—Estaba libre, y su «sin techo» parecía bastante interesante. ¿No tiene corazón?

—Bueno, no lo he encontrado.

Él se rio y se acercó a la caja.

—Vamos a echar un vistazo.

Eve sintió un escalofrío y le envidió el abrigo largo y cálido. Ella tenía uno —Roarke le había regalado un abrigo maravilloso por Navidad—, pero ella se resistía a ponérselo para trabajar. Por nada del mundo quería que la sangre y los fluidos corporales mancharan ese abrigo de cachemira color bronce.

Y al agacharse, pensó, además, que estaba segura de que sus guantes nuevos estaban confortablemente metidos en los bolsillos de ese abrigo fabuloso. Por eso ahora tenía las manos heladas.

Se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta de piel, encorvó la espalda para protegerse de la mordedura del viento y observó a Morris realizar su trabajo.

—Un buen trabajo —dijo Morris—. Absolutamente bueno.

—¿Tiene formación, verdad?

—Oh, sí. —Morris se colocó las gafas microscópicas y observó el pecho abierto—. Sí, desde luego que la tiene. Ésta no es su primera cirugía. Y ha utilizado un instrumental excelente. No ha utilizado un bisturí improvisado, ni una palanca cualquiera para abrir las costillas. Nuestro asesino es un excelente cirujano: le envidio las manos que tiene.

—A algunas sectas les gusta utilizar partes del cuerpo en sus ceremonias —dijo Eve para sí misma—. Normalmente mutilan y despedazan cuando matan. Y les gustan los rituales, crear ambiente. Aquí no hay nada de eso.

—No parece un acto religioso. Parece un acto médico.

—Sí. —Eso confirmaba lo que ella pensaba—. ¿Lo ha hecho una única persona?

—Lo dudo. —Morris dobló hacia fuera el labio inferior—. Para hacer algo tan pulcro en estas condiciones habrá necesitado un ayudante.

—¿Tiene alguna idea de por qué se habrá llevado el corazón, si no es para venerar al demonio del día?

—Ni idea —respondió Morris en tono alegre, haciéndole un gesto para que se levantara. Al salir de allí, él exhaló con fuerza—. Me sorprende que ese viejo no muriera de asfixia ahí dentro. Por el examen visual, diría que al corazón todavía le quedaba un tiempo de vida. ¿Ha sacado las huellas digitales y las muestras de ADN para identificarlas?

—Ya están guardadas herméticamente y listas para llevarlas al laboratorio.

—Entonces le meteremos en la bolsa y nos lo llevaremos.

Eve asintió con la cabeza.

—¿Tiene la curiosidad suficiente para ponerle encima de todo el montón de cadáveres?

—La verdad es que sí. —Sonrió e hizo un gesto hacia su equipo—. Debería llevar sombrero, Dallas. Hace un frío gélido.

Ella hizo una mueca socarrona, pero hubiera dado la paga de un mes por una taza de café. Dejó a Morris para que continuara con su trabajo y fue al encuentro de Bowers y Trueheart.

Bowers apretó las mandíbulas. Tenía frío, hambre y sentía una amarga rabia después de presenciar el amigable intercambio entre Eve y el jefe de los médicos técnicos.

«Seguramente se lo está tirando», pensó Bowers. Conocía a Eve Dallas, conocía a las de su clase. Por supuesto que sí. Una mujer como ella solamente podía subir si se abría de piernas. El único motivo por el cual Bowers no había subido era porque se negaba a hacerlo.

«Así es como se juega, es eso.» El corazón empezó a latirle con fuerza y sentía las pulsaciones en las sienes. Pero ella encontraría el camino, algún día.

«Putá, zorra.» Esas palabras resonaron en su cabeza y estuvieron a punto de escapársele de los labios. Pero se reprimió. Se dijo a sí misma que todavía conservaba el control.

El odio que Eve detectó en los pálidos ojos de Bowers era desconcertante. Era demasiado intenso para ser el resultado de una regañina bien merecida. Le hizo sentir la necesidad urgente de prepararse para un ataque, de deslizar la mano hasta su arma. Pero no lo hizo. Arqueó las cejas y esperó un instante.

—¿Su informe, agente?

—Nadie ha visto nada, nadie sabe nada —replicó Bowers en tono cortante—. Siempre es así con esta gente. Se quedan metidos en sus agujeros.

A pesar de que Eve tenía los ojos clavados en Bowers, percibió el ligero movimiento del novato. Siguiendo su instinto, se metió la mano en el bolsillo y sacó unos cuantos créditos sueltos.

—Tráigame un café, agente Bowers.

La expresión de desdén de Bowers se convirtió rápidamente en una de ofensa. Eve tuvo que esforzarse por reprimir una sonrisa.

—¿Que le vaya a buscar un café?

—Exacto. Quiero un café. —Cogió la mano de Bowers y le puso los créditos en la palma—. Y mi ayudante también quiere uno. Usted conoce este vecindario. Vaya al veinticuatro horas más cercano y tráiganos café.

—Trueheart tiene un rango inferior.

—¿Estaba yo hablando con Trueheart, Peabody? —preguntó Eve con amabilidad.

—No, teniente. Creo que se dirigía usted a la agente Bowers. —A Peabody tampoco le gustó el aspecto de esa mujer, así que sonrió—. Yo lo tomo con leche y con azúcar. A la teniente le gusta solo. Creo que hay un veinticuatro horas en la siguiente manzana. No está lejos.

Bowers esperó un instante. Luego dio media vuelta y se alejó a grandes pasos. Se oyó claramente un «zorra», a pesar de que lo dijo en voz baja.

—Eh, Peabody, Bowers te acaba de llamar «zorra».

—Creo que se refería a usted, teniente.

—Sí. —Eve sonrió con fiereza—. Probablemente tengas razón. Bueno, Trueheart, suéltelo.

—¿Teniente? —Su rostro, ya de por sí pálido, palideció más.

—¿Qué cree usted? ¿Qué sabe?

—Yo no...

Eve se dio cuenta de que él dirigía la mirada hacia Bowers, que se alejaba, así que se puso delante, tapándole la visión. Le miró con ojos fríos y autoritarios.

—Olvídese de ella. Ahora está hablando conmigo. Quiero su informe sobre el sondeo.

—Yo... —Tragó saliva—. Nadie de los alrededores admite haber sido testigo de ningún suceso en la vecindad ni de haber visto a nadie visitar al mendigo durante la hora en cuestión.

—¿Y?

—Sólo eso... iba a decírselo a Bowers —continuó él, precipitadamente—, pero me ha cortado.

—Cuéntemelo a mí —sugirió Eve.

—¿Acerca de el Cojo? Tenía su nido en este lado, más abajo del de Snooks, si no me equivoco. Sólo hace un par de meses, pero...

—¿Patrulló esta zona ayer? —le interrumpió Eve.

—Sí, teniente.

—¿Y había otro nido cerca del de Snooks?

—Sí, teniente, como siempre. Ahora lo tiene al otro lado de la calle, muy al final del callejón.

—¿Le ha interrogado?

—No, teniente. Está colocado. No pudimos freírle, y Bowers dijo que no valía la pena porque es un borracho.

Eve lo observó, pensativa. Había recuperado el color en el rostro, a causa de los nervios y del viento. Pero tenía buenos ojos, decidió. Despejados y agudos.

—¿Cuánto hace que ha salido de la academia, Trueheart?

—Tres meses, teniente.

—Entonces se le puede perdonar por no reconocer a un capullo en uniforme. —Ladeó la cabeza al ver que los labios de él temblaban, como si reprimiera una sonrisa—. Pero tengo la sensación de que aprenderá a hacerlo. Llame a un coche y llévese a su colega el Cojo a la Central. Quiero hablar con él, cuando esté sobrio. ¿Le conoce?

—Sí, teniente.

—Entonces quédese con él y tráigamelo cuando se muestre coherente. Quiero que usted esté presente durante la entrevista.

—Quiere que yo... —Trueheart abrió los ojos, asombrado—. Estoy asignado a Infra... Bowers es mi entrenadora.

—¿Y eso es lo que usted quiere, agente?

Él dudó un momento y exhaló despacio.

—No, señor, teniente, no lo es.

—Entonces, ¿por qué no está usted cumpliendo mis órdenes?

Eve se dio la vuelta y se dispuso a atacar al equipo de la escena del crimen. El agente se quedó donde estaba con una sonrisa en los labios.

—Eso ha sido verdaderamente dulce —dijo Peabody cuando hubieron vuelto al vehículo con dos tazas de un café caliente y horrible.

—No empieces, Peabody.

—Vamos, Dallas, le ha dado una buena oportunidad a ese chico.

—Él nos ha dado un posible testigo y es otra manera de incoordinar a esa idiota de Bowers. —Sonrió con malicia—. Cuando puedas, Peabody, realiza una búsqueda sobre ella. Me gusta saber todo lo posible de las personas que me quieren despellejar.

—Me encargaré de ello en cuanto hayamos regresado a la Central. ¿Quieres una copia impresa?

—Sí. Investiga a Trueheart, también. Sólo como una formalidad.

—No me importaría investigarlo a fondo. —Peabody arqueó las cejas—. Es muy guapo.

Eve la miró de reojo.

—Eres patética, y demasiado vieja para él.

—No puedo tener más de dos, o quizá tres, años más que él —dijo Peabody, un poco molesta—. Y algunos chicos prefieren a mujeres más experimentadas.

—Pensé que todavía estabas muy unida a Charles.

—Nos vemos de vez en cuando. —Peabody se encogió de hombros. Todavía se sentía incómoda al hablar de ese hombre en concreto con Eve—. Pero no tenemos una relación exclusiva.

Eve pensó que era difícil tener una relación exclusiva con un acompañante con licencia, pero se mordió la lengua. Unas semanas antes, el haber expresado su opinión acerca de que Peabody tuviera una relación con Charles Monroe estuvo a punto de destrozar el vínculo que ambas tenían.

—¿Te parece bien? —preguntó Eve.

—Así es como los dos queremos que sea. Nos gustamos,

Dallas. Nos lo pasamos bien juntos. Ojalá tú... —se interrumpió y cerró la boca firmemente.

—No he dicho nada.

—Pero piensas muy alto.

Eve apretó las mandíbulas. Se prometió a sí misma que no iban a empezar otra vez con eso.

—Lo que estoy pensando —dijo en tono tranquilo— es que podríamos ir a desayunar antes de empezar con el papeleo.

Peabody movió los hombros para quitarse la tensión de encima.

—Me parece bien. Especialmente si tú invitas.

—Yo invité la última vez.

—No lo creo, pero puedo comprobarlo en el registro. —Más alegre, Peabody sacó la agenda electrónica y Eve se rio.